

APÉNDICE

EL BURLADOR DE SEVILLA

Y

CONVIDADO DE PIEDRA

COMEDIA FAMOSA DEL MAESTRO TIRSO DE MOLINA (1)

REPRESENTÓLA ROQUE DE FIGUEROA (2)

HABLAN EN ELLA LAS PERSONAS SIGUIENTES (3)

DON DIEGO TENORIO, *viejo*.
DON JUAN TENORIO, *su hijo*.
CATALINÓN, *lacayo*.
EL REY DE NÁPOLES.
EL DUQUE OCTAVIO.
DON PEDRO TENORIO.
EL MARQUÉS DE LA MOTA.
DON GONZALO DE ULLOA.
EL REY DE CASTILLA.

FABIO, *criado*.
ISABELA, *Duquesa*.
TISBEA, *pescadora*.
BELISA, *villana*.
ANFRISO, *pescador*.
CORIDÓN, *pescador*.
GASENO, *labrador*.
PATRICIO, *labrador*.
RIPIO, *criado*.

JORNADA PRIMERA

ESCENA PRIMERA

Salen DON JUAN TENORIO y ISABELA, duquesa.

ISABELA. Duque Octavio, por aquí
podrás salir más seguro.
D. JUAN. Duquesa, de nuevo os juro
de cumplir el dulce sí.
ISABELA. ¿Mis glorias serán verdades,
promesas y ofrecimientos,

regalos y cumplimientos,
voluntades y amistades?

D. JUAN. Sí, mi bien.

ISABELA. Quiero sacar
una luz.

D. JUAN. Pues, ¿para qué?

ISABELA. Para que el alma dé fe
del bien que llevo á gozar.

D. JUAN. Mataréte la luz yo.

ISABELA. ¡Ah, cielo! ¿Quién eres, hombre?

D. JUAN. ¿Quién soy? Un hombre sin nombre.

ISABELA. ¿Que no eres el Duque?

D. JUAN. No.

(1) El texto de esta comedia que se reimprime es el de 1630. Las principales variantes anotadas son del de 1649, exactamente igual al de 1654. Alguna pertenece á la comedia titulada *Tan largo me lo fiáis*, impresa á continuación, y que no es más que un plagio del *Burlador*. Se han tenido, además, á la vista tres ediciones antiguas, dos de ellas de Sevilla, y la moderna de D. Juan Eugenio Hartzenbusch. Todas estas ediciones se describen en el *Catálogo* que precede á este volumen.

(2) Falta esta advertencia en la edición de 1649.

(3) Intervienen además AMINTA, PASTORES y MÚSICOS.

ISABELA. ¡Ah, de palacio!
D. JUAN. Detente.
Dame, Duquesa, la mano.
ISABELA. No me detengas, villano.
¡Ah, del rey: soldados, gente!

ESCENA II

Sale el REY DE NÁPOLES con una vela en un candelero.

REY. ¿Qué es esto?
ISABELA. ¡El rey! ¡Ay, triste!
REY. ¿Quién eres?
D. JUAN. ¿Quién ha de ser?
Un hombre y una mujer.
REY. (Esto en prudencia consiste.)
¡Ah, de mi guarda! Prended (1)
á este hombre.
ISABELA. ¡Ay, perdido honor!
(*Vase Isabela.*)

ESCENA III

*Sale DON PEDRO TENORIO, embajador de España,
y GUARDA.*

D. PEDR. (2) ¡En tu cuarto, gran señor,
voces! ¿Quién la causa fué?
REY. Don Pedro Tenorio, á vos
esta prisión os encargo.
Siendo corto, andad vos largo (3);
mirad quién son estos dos.
Y con secreto ha de ser,
que algún mal suceso creo,
porque, si yo aquí lo veo,
no me queda más que ver. (*Vase.*)

ESCENA IV

DON PEDRO, DON JUAN y LA GUARDA.

D. PEDR. Prendelde.
D. JUAN. ¿Quién ha de osar?
Bien puedo perder la vida;
mas ha de ir tan bien vendida
que á alguno le ha de pesar.
D. PEDR. ¡Mataldel!
D. JUAN. ¿Quién os engaña?
Resuelto en morir estoy,
porque caballero soy,
del Embajador de España.
Llegue, que sólo ha de ser
quien me rinda (4).
D. PEDR. Apartad;
á ese cuarto os retirad
todos con esa mujer.

(1) Hartzenbusch corrigió «Prendés, que consuena con «fués».

(2) En la ed. de 1630 se lee: «Don Juan».

(3) *Tan largo me lo fadís* da mejor forma de este verso así: «Si ando corto andad vos largos».

(4) Hartzenbusch completó este hemistiquio así: «él quien me rinda».

ESCENA V

DON PEDRO y DON JUAN.

D. PEDR. Ya estamos solos los dos;
muestra aquí tu esfuerzo y brío.
D. JUAN. Aunque tengo esfuerzo, tío,
no le tengo para vos.
D. PEDR. Di quien eres.
D. JUAN. Ya lo digo:
tu sobrino.
D. PEDR. (¡Ay, corazón!
¡Que temo alguna traición!)
¿Qué es lo que has hecho, enemigo?
¿Cómo estás de aquesa suerte?
Dime presto lo que ha sido;
¡Desobediente, atrevido!...
Estoy por darte la muerte.
Acaba.
D. JUAN. Tío y señor,
mozo soy y mozo fuiste,
y pues que de amor supiste,
tenga disculpa mi amor.
Y pues á decir me obligas
la verdad, oye y diréla:
yo engañé y gocé á Isabela
la Duquesa.
D. PEDR. No prosigas;
tente. ¿Cómo la engañaste?
Habla quedo ó cierra el labio.
D. JUAN. Fingí ser el Duque Octavio.
D. PEDR. No digas más, calla, baste.
(Perdido soy si el Rey sabe
este caso. ¿Qué he de hacer?
Industria me ha de valer
en un negocio tan grave.)
Dí, vil: ¿no bastó emprender
con ira y fuerza extraña (1)
tan gran traición en España
con otra noble mujer,
sino en Nápoles también
y en el Palacio real,
con mujer tan principal?
¡Castigüete el cielo, amén!
Tu padre desde Castilla
á Nápoles te envió,
y en sus márgenes te dió
tierra la espumosa orilla
del mar de Italia, atendiendo
que el haberte recibido
pagaras agradecido,
y estás su honor ofendiendo,
y en tan principal mujer.
Pero en aquesta ocasión
nos daña la dilación;
mira qué quieres hacer.
D. JUAN. No quiero daros disculpa,
que la habré de dar siniestra.
Mi sangre es, señor, la vuestra;
sacalda, y pague la culpa.
A esos pies estoy rendido,
y esta es mi espada, señor.
D. PEDR. Alzate y muestra valor,
que esa humildad me ha vencido.

(1) Hartzenbusch corrigió: «Con ira y con fuerza extraña».

¿Atreveráste á bajar
por ese balcón?
D. JUAN. Sí atrevo,
que alas en tu favor llevo.
D. PEDR. Pues yo te quiero ayudar.
Vete á Sicilia ó Milán,
donde vivas encubierto.
D. JUAN. Luego me iré.
D. PEDR. ¿Cierto?
D. JUAN. Cierto.
D. PEDR. Mis cartas te avisarán
en qué pára este suceso
triste que causado has.
D. JUAN. (Para mi alegre, dirás.)
Que tuve culpa, confieso.
D. PEDR. Esa mocedad te engaña.
Baja, pues, ese balcón.
D. JUAN. Con tan justa pretensión
gozoso me parto á España.
(*Vase Don Juan y entra (1) el Rey.*)

ESCENA VI

EL REY.—DON PEDRO.

D. PEDR. Ya ejecuté, gran señor,
tu justicia justa y recta
en el hombre (2).
REY. ¿Murió?
D. PEDR. Escapóse
de las cuchillas soberbias.
REY. ¿De qué forma?
D. PEDR. Desta forma:
Aún no lo mandaste apenas,
cuando, sin dar más disculpa,
la espada en la mano aprieta,
revuelve la capa al brazo,
y con gallarda presteza,
ofendiendo á los soldados
y buscando su defensa,
viendo vecina la muerte,
por el balcón de la huerta
se arroja desesperado.
Siguióle con diligencia
tu gente; cuando salieron
por esa vecina puerta,
le hallaron agonizando
como enroscada culebra.
Levantóse, y al decir
los soldados: ¡muera, muera!
bañado de sangre el rostro,
con tan heroica presteza
se fué, que quedé confuso.
La mujer, que es Isabela
(que para admirarte nombro)
retirada en esa pieza,
dice que es el Duque Octavio
que, con engaño y cautela,
la gozó.

(1) 1649. «Sale.»

(2) Igual en las dos ed.—Debe ser «del hombre».
Hartzenbusch lo interpretó así:

«Tu justicia justa y recta,
El hombre...»

REY. ¿Qué dices?
D. PEDR. Digo
lo que ella propia confiesa.
REY. ¡Ah, pobre honor! Si eres alma
del honor (1), ¿por qué te dejan
en la mujer inconstante,
si es la misma ligereza?
¡Hola!
(*Sale un Criado.*)

ESCENA VII

DICHOS y el CRIADO, y después ISABELA.

CRÍADO. ¡Gran señor!
REY. Traed
delante de mi presencia
esa mujer.
D. PEDR. Ya la guardia
viene, gran señor, con ella.
(*Trae la Guardia á Isabela.*)
ISABELA. ¿Con qué ojos verá al Rey?
REY. Idos, y guardad la puerta
de esa cuadra. Di, mujer:
¿qué rigor, qué airada estrella
te incitó que en mi palacio,
con hermosura y soberbia,
profanases sus umbrales?
ISABELA. Señor...
REY. Calla, que la lengua
no podrá dorar el yerro
que has cometido en mi ofensa.
¿Aquél era el Duque Octavio?
ISABELA. Señor...
REY. No importan fuerzas,
guardas, criados, murallas,
fortalecidas almenas
para amor, que la de un niño
hasta los muros penetra.
Don Pedro Tenorio: al punto
á esa mujer llevad presa
á una torre, y con secreto
haced que al Duque le prendan,
que quiero hacer que le cumpla
la palabra ó la promesa.
ISABELA. Gran señor, volvedme el rostro.
REY. Ofensa á mi espalda hecha
es justicia y es razón
castigalla á espaldas vueltas.
(*Vase el Rey.*)
D. PEDR. Vamos, Duquesa.
ISABELA. Mi culpa
no hay disculpa que la venza;
mas no será el yerro tanto
si el Duque Octavio lo enmienda.
(*Vanse y sale el Duque Octavio y Ripio,
su criado.*)

ESCENA VIII

EL DUQUE OCTAVIO y RÍPIO.—Luego un CRIADO.

RÍPIO. ¿Tan de mañana, señor,
te levantas?
OCTAVIO. No hay sosiego

(1) Así en todas las ediciones. Hartzenbusch corrigió acertadamente: «el hombre».

que pueda apagar el fuego que enciende en mi alma amor. Porque, como al fin es niño, no apetece cama blanda entre regalada Holanda cubierta de blanco armiño. Acuéstase, no sosiega, siempre quiere madrugar por levantarse á jugar, que, al fin, como niño, juega. Pensamientos de Isabela me tienen, amigo, en calma, que como vive en el alma, anda el cuerpo siempre en pena (1) guardando ausente y presente el castillo del honor.

RIPIO. Perdóname, que tu amor es amor impertinente.

OCTAVIO. ¿Qué dices, necio?

RIPIO. Esto digo: impertinencia es amar como amas; ¿quieres escuchar? (2)

OCTAVIO. Prosigue (3).

RIPIO. Ya prosigo. ¿Quiérete Isabela á ti?

OCTAVIO. Eso, necio, ¿has de dudar?

RIPIO. No; mas quiero preguntar: y tú ¿no la quieres?

OCTAVIO. Sí.

RIPIO. Pues ¿no será majadero, y de solar conocido, si pierdo yo mi sentido por quien me quiere y la quiero (4)? Si ella á ti no te quisiera, fuera bien el portallá, regalalla y adoralla y aguardar que se rindiera; mas si los dos os queréis con una misma igualdad, dime: ¿hay más dificultad de que luego os desposéis?

OCTAVIO. Eso fuera, necio, á ser (5)

(1) Así en todas las impresiones. Hartzenbusch corrigió con acierto esta redondilla así: «Pensamientos de Isabela me tienen, Ripio, sin calma, que como vive en el alma, anda el cuerpo siempre en vela.»

(2) Así en las impresiones. Hartzenbusch puso este verso así: «Como... ¿quieres escuchar?» Pero tal vez la verdadera corrección sea: «como amas; ¿quieres escuchar?» La contracción «quiés» por «quieres» no es infrecuente en los lacayos de Tirso.

(3) Ed. de 1649: «Ea, prosigue»

(4) Id. Faltan los cuatro versos que siguen desde aquí, y dice así el 5.º:

«Pues si los dos os queréis.»

Faltan también en los impresos posteriores y en Hartzenbusch.

(5) Ed. de 1649. Falta en ella éste y los once versos siguientes. Lo mismo sucede en las impresiones sueltas y en Hartzenbusch. Por no repetir advertiremos ahora que, en general, todas éstas siguen el texto de 1649, de modo que las omisiones son comunes á todas ellas, así como á la de Hartzenbusch.

de lacayo ó lavandera la boda.

RIPIO. Pues, ¿es quienquiera una lavandriz mujer, lavando y fregatizando, defendiendo y ofendiendo, los paños suyos (1) tendiendo, regalando y remendando? Dando dije, porque al dar no hay cosa que se le iguale, y si no á Isabela dale, á ver si sabe tomar. (Sale un Criado.)

CRIADO. El Embajador de España en este punto se apea en el zaguán, y desea, con ira y fiereza extraña, hablarte; y si no entendí yo mal, entiendo es prisión.

OCTAVIO. ¡Prisión! Pues ¿por qué ocasión? Decid que éntre.

ESCENA IX

DIENOS.—Entra DON PEDRO TENORIO, con guardas.

D. PEDR. Quien así con tanto descuido duerme, limpia tiene la conciencia.

OCTAVIO. Cuando viene Vuexcelencia á honrarme y favorecerme no es justo que duerma yo; velaré toda mi vida.

¿A qué y por qué es la venida?

D. PEDR. Porque aquí el Rey me envió.

OCTAVIO. Si el Rey, mi señor, se acuerda de mí en aquesta ocasión, será justicia y razón que por él la vida pierda.

Decidme, señor, ¿qué dicha ó qué estrella me ha guiado, que de mí el Rey se ha acordado?

D. PEDR. Fue, Duque, vuestra desdicha. Embajador del Rey soy; délos traigo una embajada.

OCTAVIO. Marqués, no me inquieta nada; decid, que aguardando estoy.

D. PEDR. A prenderos me ha enviado el Rey; no os alborotéis.

OCTAVIO. ¡Vos por el Rey me prendéis! Pues ¿en qué he sido culpado?

D. PEDR. Mejor lo sabéis que yo; mas, por si acaso me engaño, escuchad el desengaño y á lo que el Rey me envió. Cuando los negros gigantes, plegando funestos toldos (2) y del crepúsculo huyen, tropezando unos con otros, estando yo con Su Alteza

(1) Así en el original; pero quizá deba leerse «cucios».

(2) En ambas ediciones se lee *soldos*. Es errata evidente. Corregida ya en edición de José Padrino y por Hartzenbusch. También «toldos» en *Tan largo me lo fiais*.

tratando ciertos negocios (porque antípodas del sol son siempre los poderosos), voces de mujer oímos cuyos ecos, menos roncros por los artesones sacros, nos repitieron «¡socorro!» A las voces y al ruido acudió, Duque, el Rey propio; halló á Isabela en los brazos de algún hombre poderoso; mas quien al cielo se atreve, sin duda es gigante ó monstruo. Mandó el Rey que los prendiera; quedé con el hombre solo; llegué y quise desarmalle, pero pienso que el demonio en él tomó forma humana, pues que, vuelto en humo y polvo, se arrojó por los balcones entre los pies de esos olmos que coronan, del palacio, los chapiteles hermosos. Hice prender la Duquesa, y en la presencia de todos dice que es el Duque Octavio el que con mano de esposo la gozó.

OCTAVIO. ¿Qué dices?

D. PEDR. Digo lo que al mundo es ya notorio y que tan claro se sabe: que Isabela por mil modos...

OCTAVIO. Dejadme, no me digáis tan gran traición de Isabela. Mas, ¿si fué su honor cautela? Proseguid: ¿por qué calláis?

Mas si veneno me dais que á un firme corazón toca, y así á decir me provoca que imita á la comadreja, que concibe por la oreja para parir por la boca.

¿Será verdad que Isabela, alma, se olvidó de mí para darme muerte? Sí, que el bien suena y el mal vuela.

Ya el pecho nada recela juzgando si son antojos que, por darme más enojos, al entendimiento entró, y por la oreja escuchó lo que acreditan los ojos.

Señor Marqués, ¿es posible que Isabela me ha engañado y que mi amor ha burlado? Parece cosa imposible.

¡Oh, mujer! ¡Ley tan terrible de honor, á quien me provocho á emprender! Mas ya no toco en tu honor esta cautela.

¿Añoche con Isabela hombre en palacio? Estoy loco.

D. PEDR. Como es verdad que en los vientos hay aves, en el mar peces que participan á veces de todos cuatro elementos;

como en la gloria hay contentos, lealtad en el buen amigo, traición en el enemigo, en la noche oscuridad (1) y en el día claridad, así es verdad lo que digo.

DUQUE. Marqués, yo os quiero creer. No hay cosa que me espante (2), que la mujer más constante es, en efecto, mujer.

No me queda más que ver, pues es patente mi agravio. D. PEDR. Pues que sois prudente y sabio, elegid el mejor medio.

DUQUE. Ausentarme es mi remedio.

D. PEDR. Pues sea presto, Duque Octavio.

DUQUE. Embarcarme quiero á España y darle á mis males fin.

D. PEDR. Por la puerta del jardín, Duque, esta prisión se engaña.

DUQUE. ¡Ah, veleta! ¡Débil caña!

A más furor me provocho y extrañas provincias toco huyendo desta cautela.

¡Patria, adiós! ¿Con Isabela hombre en palacio? ¡Estoy loco!

(Vanse y sale Tisbea, pescadora, con una caña de pescar en la mano.)

ESCENA X

TISBEA.

Yo, de cuantas el mar pies de jazmín y rosa en sus riberas besa con fugitivas olas, sola de amor exenta, como en ventura sola, tirana me reservo de sus prisiones locas. Aquí donde el sol pisa soñolientas las ondas, alegrando zafiros las que espantaba sombras: por la menuda arena, unas veces aljófar, y átomos otras veces del sol que así le adora (3): oyendo de las aves las quejas amorosas y los combates dulces del agua entre las rocas; ya con la sutil caña que al débil peso dobla del necio pececillo que el mar salado azota, ó ya con la atarraya que en sus moradas hondas prenden cuantos habitan aposentos de conchas,

(1) Ed. de 1649. «obscuridad.»

(2) Id. «Ya no hay...»

(3) Así en los impresos. Hartzenbusch enmendó: «del sol, que el cielo dora.»

seguramente tengo
que en libertad se goza (1)
el alma, que amor áspid
no le ofende ponzoña.
En pequeñuelo esquite (2),
y ya en compañía de otras,
tal vez al mar le peino
la cabeza espumosa;
y cuando más (3) perdidas
querellas de amor forman,
como de todos río,
envidia soy de todas.
¡Dichosa yo mil veces,
amor, pues me perdonas,
si ya, por ser humilde,
no desprecias mi chozal
Obeliscos de paja
mi edificio coronan,
nidos, si no hay cigarras,
ó tortolillas locas.
Mi honor conservo en pajas,
como fruta sabrosa,
vidrio guardado en ellas
para que no se rompa.
De cuantos pescadores
con fuego Tarragona
de piratas defiende
en la argentada costa
desprecio soy, encanto (4);
á sus suspiros, sorda;
á sus ruegos, terrible;
á sus promesas, roca.
Anfriso, á quien el cielo
con mano poderosa,
prodigio en cuerpo y alma
de todo en gracias todas (5);
medido en las palabras,
liberal en las obras,
sufrido en los desdenes,
modesto en las congojas;
mis pajizos umbrales,
que heladas (6) noches ronda,
á pesar de los tiempos
las mañanas remoja,
pues con ramos verdes
que de los olmos corta,
mis pajas amanecen
ceñidas de lisonjas.

(1) Así en los impresos. Hartzzenbusch escribió:
«segura me entretengo,
y en libertad se goza».

(2) *Ed. de 1649.* Faltan estos cuatro versos que
siguen.

(3) Hartzzenbusch, escribió: «mil».

(4) En la ed. de Padrino «desprecio soy al canto»;
Hartzzenbusch, «y encantos».

(5) La ed. de Padrino «de todo en gracias todas»...
Pero Hartzzenbusch corrigió mejor escribiendo: «dotó
de gracias todas». Sin embargo, en el verso anterior
escribió «prodigio», que quizá no sea tan buena lección
como «prodigio», que traen todos los impresos.

(6) En las impresiones sueltas: «elenas», y por eso
Hartzzenbusch (que no conoció otras) tuvo que corre-
gir «largas».

Ya con vigüelas dulces
y sutiles zampoñas
músicas me consagra,
y todo no le importa,
porque en tirano imperio
vivo, de amor señora,
que halla gusto en sus penas
y en sus infiernos gloria.
Todas por él se mueren,
y yo todas las horas
le mato con desdenes;
de amor condición propia,
querer donde aborrecen,
despreciar donde adoran,
que si le alegran (1) muere
y vive si le oprobian.
En tan alegre día (2)
segura de lisonjas,
mis juveniles años
amor no los malogra (3);
que en edad tan florida,
amor, no es suerte poca
no ver, tratando enredos,
las tuyas amorosas.
Pero, necio discurso,
que mi ejercicio estorbas,
en él no me diviertas
en cosa que no importa.
Quiero entregar la caña
al viento, y á la boca
del pececillo al (4) cebo.—
Pero al agua se arrojan
dos hombres de una nave,
antes que el mar la sorba,
que sobre el agua viene
y en un escollo aborda (5).
Como hermoso pavón
hace las velas cola,
adonde los pilotos
todos los ojos pongan.
Las olas va escarbando,
y ya su orgullo y pompa
casi la desvanece.
Agua un costado toma...
Hundióse y dejó al viento
la gavia que la escoja
para morada suya,
que un loco en gavias mora.
(*Dentro.*) (6) ¡Que me ahogo!
Un hombre al otro aguarda
que dice que se ahoga.
¡Gallarda cortesial
En los hombros le toma.

(1) Así en todos los impresos. Hartzzenbusch corri-
gió con acierto «halagan».

(2) También enmendó Hartzzenbusch acertadamen-
te: «vidas».

(3) *Ed. de 1649.* Faltan estos cuatro versos que si-
guen.

(4) *Id.* «els».

(5) *Id.* Faltan los cuatro versos que siguen.

(6) *Id.* «Socorro, que me ahogo.» Este pasaje tan vi-
ciado en todas las impresiones está, como puede verse,
abreviado en *Tan largo me lo fiáis*.

Anchises se (1) hace Eneas,
si el mar está hecho Troya.
Ya, nadando, las aguas
con valentía corta,
y en la playa no veo
quien le ampare y socorra.
Daré voces: ¡Tirseo,
Anfriso, Alfredo, hola!
Pescadores me miran,
¡plega á Dios que me oigan!
Mas milagrosamente
ya tierra los dos toman.
Sin aliento el que nada
con vida el que le estorba.

(*Saca en brazos Catalinón á Don Juan,
mojados*) (2).

ESCENA XI

TISBEA. DON JUAN Y CATALINÓN.

CATALIN. ¡Válgame la Cananea,
y qué salado está el mar!
Aquí puede bien nadar
el que salvarse desea,
que allá dentro es desatino.
Donde la muerte (3) se fragua,
donde Dios juntó tanta agua,
¿no juntara tanto vino?
Agua salada: ¡extremada (4)
cosa para quien no pesca!
Si es mala aun el agua fresca,
¿qué será el agua salada?
¡Oh, quién hallara una fragua
de vino, aunque algo encendido!
Si de la agua que he bebido
escapo yo, no más agua (5).
Desde hoy abernuncio della,
que la devoción me quita
tanto, que agua bendita (6)
no pienso ver, por no vella.
¡Ah, señor! Helado está (7).
¡Señor! ¿Si (8) está muerto?
Del mar fué este desconcierto
y mío este desvarío.
¡Mal haya aquel que primero
pinos en la mar sembró,
y que sus rumbos midió
con quebradizo madero!
¡Maldito sea el vil sastre (9)

(1) *Ed. de 1649.* «les».

(2) *Id.* Falta la palabra «mojados».

(3) *Id.* «Mujer», por errata indudable.

(4) Parece mejor lección la de *Tan largo me lo
fiáis*, que dice: «Agua y salada: extremada»!

(5) Mejor texto en *Tan largo...* «hoy escapo, no
más agua».

(6) En *Tan largo...* «tanto, que aun agua bendita.»

(7) En *Tan largo...*

«¡Ah Señor! Helado y frío
está. ¿Si estará ya muerto?»

lección preferible á todas.

(8) *Ed. de 1649.* «si acaso», etc.

(9) *Id.* Faltan estos cuatro versos.

que cosió el mar que dibuja
con astronómica aguja,
causa de tanto desastre!
¡Maldito sea Jasón,
y Tifis maldito sea!
Muerto está, no hay quien lo crea;
¡miseró Catalinón!
¿Qué (1) he de hacer?

TISBEA. Hombre, ¿qué tienes
en desventuras iguales?

CATALIN. Pescadora, muchos males,
y falta de muchos bienes.
Veo, por librarme á mí,
sin vida á mi señor. Mira
si es verdad.

TISBEA. No, que aún respira.

CATALIN. ¿Por dónde? ¿Por aquí?

TISBEA. Sí (2);
pues ¿por dónde?

CATALIN. Bien podía
respirar por otra parte.

TISBEA. Necio estás.

CATALIN. Quiero besarte
las manos de nieve fría.

TISBEA. Ve á llamar los pescadores
que en aquella choza están.

CATALIN. Y si los llamo, ¿vernán (3)?

TISBEA. Vendrán presto, no lo ignores.
¿Quién es este caballero?

CATALIN. Es hijo aqúeste señor
del Camarero mayor
del Rey, por quien ser espero
antes de seis días Conde
en Sevilla, donde va
y adonde Su Alteza está,
si á mi amistad corresponde.

TISBEA. ¿Cómo se llama?

CATALIN. Don Juan

Tenorio.

TISBEA. Llama mi gente.

CATALIN. Ya voy.

(*Vase y coge en el regazo Tisbea á Don Juan.*)

ESCENA XII

TISBEA. — DON JUAN.

TISBEA. Mancebo excelente,
gallardo, noble y galán.
Volved en vos, caballero.

D. JUAN. ¿Dónde estoy?

TISBEA. Ya podéis ver:
en brazos de una mujer.

D. JUAN. Vivo en vos, si en el mar muero.
Ya perdí todo el recelo
que me pudiera anegar,
pues del infierno del mar
salgo á vuestro claro cielo.
Un espantoso huracán
dió con mi nave al través
para arrojarme á esos pies
que abrigo y puerto me dan.

(1) *Ed. de 1649.* Falta el verbo «he».

(2) *Id.* Faltan los cinco versos que siguen con éste.

(3) *Id.* «Vendrán.»

Y en vuestro divino Oriente (1) renazco, y no hay que espantar, pues veis que hay de amar á mar una letra solamente.

TISBEA. Muy grande aliento tenéis para venir soñoliento (2), y más de tanto tormento mucho tormento ofrecéis. Pero si es tormento el mar y son sus ondas crueles, la fuerza de los cordeles pienso que os hacen hablar. Sin duda que habéis bebido del mar la oración (3) pasada, pues, por ser de agua salada, con tan grande sal ha sido. Mucho habláis cuando no habláis, y cuando muerto venís mucho al parecer sentís; ¡plega á Dios que no mintáis! Parecís caballo griego que el mar á mis pies desagua, pues venís formado de agua y estáis preñado de fuego. Y si mojado abrasáis, estando enjuto, ¿qué haréis? Mucho fuego prometéis; ¡plega á Dios que no mintáis!

D. JUAN. A Dios, zagala, pluguiera (4) que en el agua me anegara para que cuerdo acabara y loco en vos no muriera; que el mar pudiera anegarme entre sus olas de plata que sus límites desata; mas no pudiera abrasarme. Gran parte del sol mostráis, pues que el sol os da licencia, pues sólo con la apariencia, siendo de nieve abrasáis.

TISBEA. Por más helado que estáis, tanto fuego en vos tenéis, que en este mío os ardéis. ¡Plega á Dios que no mintáis!

ESCENA XIII

DICHOS.—Salen CATALINÓN, CORIDÓN (5) y ANFRISO, pescadores.

CATALIN. Ya vienen todos aquí.

TISBEA. Y ya está tu dueño vivo.

(1) Ed. de 1649. Faltan estos cuatro versos que siguen.

(2) Así en los impresos, excepto en *Tan largo...* que dice:

«Muy grande aliento tenéis para venir sin aliento, y tras de tanto tormento muy gran contento ofrecéis.»

Esta parece buena lección. Hartzzenbusch corrigió «sin alientos»; y en el verso siguiente «tras» en vez de «más».

(3) «Oración» en los impresos. Hartzzenbusch con poco fundamento enmendó «ración».

(4) Ed. de 1649. «Pluviera.»

(5) Id. No se mienta á Coridón, que, sin embargo, figura luego en esta escena.

D. JUAN. Con tu presencia recibo el aliento que perdí.

CORID. (1) ¿Qué nos mandas?

TISBEA. Coridón, Anfriso, amigos.

CORIDÓN. Todos buscamos por varios modos esta dichosa ocasión. Di lo (2) que nos mandas, Tisbea, que por labios de clavel no lo habrás mandado á aquel que idolátrarte desea, apenas, cuando al momento, sin cesar, en llano ó sierra, surque (3) el mar, tale (4) la tierra, pise el fuego, el aire, el viento.

TISBEA. (Ap.) ¡Oh, qué mal me parecían estas lisonjas ayer, y hoy echo en ellas de ver que sus labios no mentían!—Estando, amigos, pescando sobre este peñasco, vi hundirse una nave allí, y entre las olas nadando dos hombres, y compasiva di voces que nadie oyó; y en tanta aflicción, llegó libre de la furia esquiva del mar, sin vida á la arena, déste en los hombros cargado un hidalgo ya anegado, y envuelta en tan triste pena á llamaros envié.

ANFRISO. Pues aquí todos estamos, manda que en tu gusto hagamos lo que pensado no fué.

TISBEA. Que á mi choza los llevemos quiero, donde, agradecidos, reparemos sus vestidos y á (5) ellos regalaremos; que mi padre gusta mucho desta debida piedad.

CATALIN. ¡Extremada es su beldad!

D. JUAN. Escucha aparte.

CATALIN. Ya escucho.

D. JUAN. Si te pregunta quién soy, di que no sabes.

CATALIN. A mí, ¿quieres advertirme á mí (6) lo que he de hacer?

D. JUAN. Muerto voy por la hermosa cazadora (7). Esta noche he de gozalla.

CATALIN. ¿De qué suerte?

(1) Ed. de 1649. «Cat.»

(2) Id. «Di que nos...» etc.

(3) Id. «Sin que», por errata.

(4) *Tan largo...* «aree y el verso siguiente así: «tale el fuego y pare el viento.»

(5) Ed. de 1649. «y allí los regalaremos.»

(6) Id. «aquí» en vez de á mí. Lo mismo en *Tan largo...*

(7) Así en todos; pero es evidente que debe decir «pescadora», y, en efecto, así consta en *Tan largo me lo fiáis*.

D. JUAN. Ven y calla.

CORIDÓN. Anfriso: dentro de un hora los pescadores prevén (1) que canten y bailen.

ANFRISO. Vamos, y esta noche nos hagamos rajos y palos también.

D. JUAN. Muerto voy.

TISBEA. ¿Cómo, si andáis?

D. JUAN. Ando en pena como veis.

TISBEA. Mucho habláis.

D. JUAN. Mucho entendéis.

TISBEA. ¡Plega á Dios que no mintáis. (Vanse.)

ESCENA XIV

Salen DON GONZALO DE ULLOA y el REY DON ALONSO DE CASTILLA.

REY.

¿Cómo os ha sucedido en la Embajada, Comendador mayor?

DON GONZALO.

Hallé en Lisboa al Rey don Juan, tu primo, previniendo treinta naves de armada.

REY.

¿Y para dónde?

DON GONZALO.

Para Goa me dijo; mas yo entiendo que á otra empresa más fácil apercibe. A Ceuta ó Tánger pienso que pretende cercar este verano.

REY.

Dios le ayude, y premie el cielo de aumentar su gloria. ¿Qué es lo que concertasteis?

DON GONZALO.

Señor, pide á Serpa y Mora, y Olivencia y Toro; y por eso te vuelve á Villaverde, al Almendral, á Mértola y Herrera entre Castilla y Portugal.

REY.

Al punto se firmen los conciertos, don Gonzalo. Mas decidme primero cómo ha ido en el camino, que vendréis cansado y alcanzado también.

DON GONZALO.

Para serviros, nunca, señor, me canso.

REY.

¿Es buena tierra Lisboa?

DON GONZALO.

La mayor ciudad de España; y si mandas que diga lo que he visto de lo exterior y célebre, en un punto en tu presencia te pondré un retrato.

(1) Verso suplido por el texto de *Tan largo...*

REY. (1) Gustaré de oírlo. Dadme silla.

D. GONZ. Es Lisboa una octava maravilla. De las entrañas de España, que son las tierras de Cuenca, nace el caudaloso Tajo, que media España atraviesa. Entra en el mar Oceano, en las sagradas riberas de esta ciudad, por la parte del Sur; mas antes que pierda su curso y su claro nombre, hace un cuarto (2) entre dos sierras, donde está (3) de todo el orbe barcas, naves, carabelas. Hay galeras y saetias tantas, que desde la tierra parece una gran ciudad adonde Neptuno reina. A la parte del Poniente guardan del puerto dos fuerzas de Cascaes y Sangián (4), las más fuertes de la tierra. Está, desta gran ciudad, poco más de media legua, Belén, convento del santo conocido por la piedra, y por el león de guarda, donde los reyes y reinas católicos y cristianos tienen sus casas perpetuas. Luego esta máquina insigne desde Alcántara comienza una gran legua á tenderse al convento de Yobregas (5). En medio está el valle hermoso coronado de tres cuevas, que quedara corto Apeles cuando contarlas (6) quisiera. Porque, miradas de lejos, parecen piñas de perlas que están pendientes del cielo, en cuya grandeza inmensa se ven diez Romas cifradas en conventos y en iglesias, en edificios y calles, en solares y encomiendas, en las letras y en las armas, en la justicia tan recta, y en una Misericordia que está honrando su ribera y pudiera honrar á España (7) y aun enseñar á tenerla. Y en lo que yo más alabo desta máquina soberbia, es que del mismo castillo, en distancia de seis leguas,

(1) Ed. de 1649. «Yo gustaré...» etc.

(2) Así en los textos. Hartzzenbusch enmendó bien «puertos».

(3) Ed. de 1649. «están.»

(4) Hartzzenbusch. «San Juan».

(5) En Hartzzenbusch. «Jabregas.»

(6) En la ed. de Padrino ya se corrigió este dislate escribiendo: «pintarlas».

(7) Ed. de 1649. Faltan este verso y el siguiente.

se ven sesenta lugares
que llega el mar á sus puertas,
uno de los cuales es
el convento de Olivelas,
en el cual vi por mis ojos
seiscientos y treinta celdas,
y entre monjas y beatas
pasan de mil y docientas.
Tiene desde allí á Lisboa,
en distancia muy pequeña,
mil y ciento y treinta quintas,
que en nuestra provincia Bética
llaman (1) cortijos, y todas
con sus huertos y alamedas.
En medio de la ciudad
hay una plaza soberbia
que se llama del Rucío (2),
grande, hermosa y bien dispuesta,
que habrá cien años y aun más
que el mar bañaba su arena,
y ahora della á la mar
hay treinta mil casas hechas,
que, perdiendo el mar su curso,
se tendió á partes diversas.
Tiene una calle que llaman
Rua Nova ó calle Nueva,
donde se cifra el Oriente
en grandezas y riquezas,
tanto, que el Rey me contó
que hay un mercader en ella
que, por no poder contarle,
mide el dinero á fanegas.
El terrero donde tiene
Portugal su casa regia,
tiene infinitos navios,
varados siempre en la tierra
de sólo cebada y trigo
de Francia y Inglaterra (3).
Pues el Palacio Real,
que el Tajo sus manos besa,
es edificio de Ulises,
que basta para grandeza,
de quien toma la ciudad
nombre en la latina lengua,
llamándose Ulisibona,
cuyas armas son la esfera,
por pedestal de las llagas
que en la batalla sangrienta
el rey don Alfonso (4) Enriquez
dió la majestad inmensa.
Tiene en su gran Tarazona
diversas naves, y entre ellas
las naves de la conquista,
tan grandes, que de la tierra
miradas, juzgan los hombres
que tocan en las estrellas.
Y lo que desta ciudad
te cuento por excelencia
es, que estando sus vecinos
comiendo, desde las mesas
ven los copos del pescado

(1) Ed. de 1649. «Llamas», equivocadamente.

(2) En una impresión suelta y en Hartzenbusch, «Rucio».

(3) Ed. de 1649. «Anglaterra».

(4) Id. «Alonso».

que junto á sus puertas pescan,
que, bullendo entre las redes,
vienen á entrarse por ellas.
Y sobre todo á el llegar
cada tarde á su ribera
más de mil barcos cargados
de mercancías diversas,
y de sustento ordinario,
pan, aceite, vino y leña,
frutas de infinita suerte,
nieve de Sierra de Estrella
que por las calles á gritos,
puestas sobre las cabezas,
la venden. Mas ¿qué me canso?
porque es contar las estrellas
querer contar una parte
de la ciudad opulenta.
Ciento y treinta mil vecinos
tiene, gran señor, por cuenta,
y por no cansarte más,
un Rey que tus manos besa.

REY. Más estimo, don Gonzalo,
escuchar de vuestra lengua
esa relación sucinta,
que haber visto su grandeza.
¿Tenéis hijos?

D. GONZ. Gran señor,
una hija hermosa y bella,
en cuyo rostro divino
se esmeró naturaleza.

REY. Pues yo os la quiero casar
de mi mano.

D. GONZ. Como sea
tu gusto, digo, señor,
que yo lo acepto por ella.
Pero ¿quién es el esposo?

REY. Aunque no está en esta tierra,
es de Sevilla, y se llama
don Juan Tenorio.

D. GONZ. Las nuevas
voy á llevar á doña Ana (1).
Id en buen hora, y volved,
Gonzalo, con la respuesta.

REY. *(Vanse y sale Don Juan Tenorio y Catalinón.)*

ESCENA XV

DON JUAN Y CATALINÓN.

D. JUAN. Esas dos yeguas prevén,
pues acomodadas son.

CATALIN. Aunque soy Catalinón,
soy, señor, hombre de bien;
que no se dijo por mí,
«Catalinón es el hombre»;
que sabes que aquese nombre
me asienta al revés á mí.

D. JUAN. Mientras que los pescadores
van de regocijo y fiesta,
tú las dos yeguas apresta,
que de sus pies voladores
sólo nuestro engaño flo.

(1) Falta un verso después de éste para completar el romance.

CATALIN. Al fin ¿pretendes gozar
á Tisbea?

D. JUAN. Si burlar
es hábito antiguo mío.
¿Qué me preguntas, sabiendo
mi condición?

CATALIN. Ya sé que eres
castigo de las mujeres.

D. JUAN. Por Tisbea estoy muriendo,
que es buena moza.

CATALIN. ¡Buen pago
á su hospedaje deseas!

D. JUAN. Necio, lo mismo hizo Eneas
con la reina de Cartago.

CATALIN. Los que fingís y engañáis
las mujeres desa suerte
lo pagaréis en la muerte.

D. JUAN. ¡Qué largo me lo fiáis!
Catalinón con razón
te llaman.

CATALIN. Tus pareceres
sigue, que en burlar mujeres
quiero ser Catalinón.
Ya viene la desdichada.

D. JUAN. Vete, y las yeguas prevén.

CATALIN. ¡Pobre mujer! Harto bien
te pagamos la posada.

(Vase Catalinón y sale Tisbea.)

ESCENA XVI

DON JUAN Y TISBEA.

TISBEA. El rato que sin ti estoy
estoy ajena de mí.

D. JUAN. Por lo que finges (1) así,
ningún crédito te doy.

TISBEA. ¿Por qué?

D. JUAN. Porque si me amaras,
mi alma favorecieras.

TISBEA. Tuya soy.

D. JUAN. Pues di, ¿qué esperas,
ó en qué, señora, reparas?

TISBEA. Reparo que fué castigo
de amor el que he hallado en ti.

D. JUAN. Si vivo, mi bien, en ti
á cualquier cosa me obligo.

Aunque yo sepa perder
en tu servicio la vida,
la diera por bien perdida,
y te prometo de ser
tu esposo.

TISBEA. Soy desigual
á tu ser.

D. JUAN. Amor es rey
que iguala con justa ley
la seda con el sayal.

TISBEA. Casi te quiero creer;
mas sois los hombres traidores.

D. JUAN. ¿Posible es, mi bien, que ignores
mi amoroso proceder?

Hoy prendes con tus cabellos
mi alma.

TISBEA. Yo á ti me allano

Yo á ti me allano

Yo á ti me allano

(1) Ed. de 1649. «fingis».

bajo la palabra y mano
de esposo.

D. JUAN. Juro, ojos bellos,
que mirando me matáis,
de ser vuestro esposo.

TISBEA. Advierte,
mi bien, que hay Dios y que hay muer-

D. JUAN. *(¡Qué largo me lo fiáis!)* te.

Y mientras Dios me dé vida,
yo vuestro esclavo seré.

TISBEA. Esta es mi mano y mi fe.
No seré en pagarte esquiva.

D. JUAN. Ya en mí mismo no sosiego.

TISBEA. Ven, y será la cabaña
del amor que me acompaña

tálamo de nuestro fuego (1).
Entre estas cañas te esconde
hasta que tenga lugar.

D. JUAN. ¿Por dónde tengo de entrar?

TISBEA. Ven y te diré por dónde.

D. JUAN. Gloria al alma, mi bien, dais.

TISBEA. Esa voluntad te obligue,
y si no, Dios te castigue.

D. JUAN. *(¡Qué largo me lo fiáis!)*

(Vanse y salen Coridón, Anfriso, Belisa y Músicos.)

ESCENA XVII

CORIDÓN, ANFRISO, BELISA Y MÚSICOS.

CORIDÓN. Ea, llamad á Tisbea,
y los zagales llamad

para que en la soledad
el huésped la corte vea (2).

ANFRISO. ¡Tisbea, Usindra, Atandrial!
No vi cosa más cruel.

¡Triste y mísero de aquel
que su fuego es salamandrial!

Antes que el baile empecemos
á Tisbea prevengamos.

BELISA. Vamos á llamarla.

CORIDÓN. Vamos.

BELISA. A su cabaña lleguemos.

CORIDÓN. ¿No ves que estará ocupada
con los huéspedes dichosos,
de quien hay mil envidiosos?

ANFRISO. Siempre es Tisbea envidiada.

BELISA. Cantad algo mientras viene,
porque queremos bailar.

ANFRISO. ¿Cómo podrá descansar
cuidado que celos tiene?

(Cantan.)
«A pescar salió la niña
tendiendo redes,
y en lugar de peces,
las almas prende.»

ESCENA XVIII

DICHOS.—Sale TISBEA.

TISBEA. ¡Fuego, fuego, que me quemo,
que mi cabaña se abrasa!

(1) Ed. de 1649. «Tálamo á nuestro sosiego».

(2) Id. Faltan estos seis versos que siguen.

Repicad á fuego, amigos,
que ya dan mis ojos agua.
Mi pobre edificio queda
hecho otra Troya en las llamas,
que después que faltan Troyas
quiere amor quemar cabañas (1).
Mas si amor abrasa peñas
con gran ira y fuerza extraña,
mal podrán de su rigor
reservarse humildes pajas.

¡Fuego, zagales, fuego, agua, agua!
¡Amor, clemencia, que se abrasa el alma!

¡Ay, choza, vil instrumento
de mi deshonor y mi infamia!
¡Cueva de ladrones fiera,
que mis agravios ampara (2)!
Rayos de ardientes estrellas
en tus cabelleras caigan,
porque abrasadas estén,
si del viento mal peinadas.

¡Ah, falso huésped, que dejas
una mujer deshonrada!
Nave (3) que del mar salió
para anegar mis entrañas.

¡Fuego, fuego, zagales, agua, agua!
¡Amor, clemencia, que se abrasa el alma!

Yo soy la que hacía siempre
de los hombres burla tanta;
que siempre las que hacen burla,
vienen á quedar burladas.
Engañóme el caballero
debajo de fe y palabra
de marido, y profanó
mi honestidad y mi cama.
Gozóme al fin, y yo propia
le di á su rigor las alas
en dos yeguas que crié,
con que me burló y se escapa.
Seguidme todos, seguidme.
Mas no importa que se vaya,
que en la presencia del Rey
tengo de pedir venganza.

¡Fuego, fuego, zagales, agua, agua!
¡Amor, clemencia, que se abrasa el alma!
(Vase Tisbea.)

ESCENA XIX

DICHOS, MENOS TISBEA.

CORIDÓN. Seguid al vil caballero.

ANFRISO. ¡Triste del que pena y calla!
Mas ¡vive el cielo! que en él,
me he de vengar desta ingrata.
Vamos tras ella nosotros,
porque va desesperada,
y podrá ser que ella vaya (4)
buscando mayor desgracia.

CORIDÓN. Tal fin la soberbia tiene.

(1) *Ed. de 1649.* Faltan los cuatro versos siguientes.
(2) *Id.* Faltan los cuatro versos siguientes.
(3) *Id.* «Nube», que es mejor lección.
(4) *Id.* «y que vaya podrá ser», que también mejora el texto.

Su locura y confianza (1)
paró en esto.

(Dice Tisbea dentro:) ¡Fuego, fuego!

ANFRISO. Al mar se arroja.

CORIDÓN. Tisbea, detente y pára (2).

TISBEA. ¡Fuego, fuego, zagales, agua, agua!
¡Amor, clemencia, que se abrasa el alma!

JORNADA SEGUNDA

ESCENA PRIMERA

Sale el REY DON ALONSO y DON DIEGO TENORIO,
de barba.

REY.

¿Qué me dices?

DON DIEGO.

Señor, la verdad digo.

Por esta carta estoy del caso cierto,
que es de tu Embajador y de mi hermano.
Halláronle en la cuadra del Rey mismo
con una hermosa dama de Palacio.

REY.

¿Qué calidad?

DON DIEGO.

Señor, la Duquesa (3)

Isabela.

REY.

¿Isabela? (4)

DON DIEGO.

Por lo menos.

REY.

¡Atrevimiento temerario! ¿Y dónde
ahora está?

DON DIEGO.

Señor, á Vuestra Alteza
no he de encubrirle la verdad. Anoche
á Sevilla llegó con un criado.

REY.

Ya conocéis, Tenorio, que os estimo,
y al Rey informaré del caso luego,
casando á ese rapaz con Isabela,
volviendo á su sosiego al Duque Octavio,
que inocente padece, y luego al punto
haced que don Juan salga desterrado.

DON DIEGO.

¿Adónde, mi señor?

REY.

Mi enojo vea

en el destierro de Sevilla. Salga

(1) *En Tan largo...* Dice Anfriso este verso y el medio que sigue.

(2) «Aguarda» en *Tan largo...* que parece mejor.

(3) Hartzenbusch completó el verso escribiendo:
«Señor, es la Duquesa.»

(4) Hartzenbusch substituyó ésta por la de «Duquesa» que parece completar mejor el sentido de lo que sigue.

juzgando por más fácil el camino
en vuestra gran presencia.

REY.

Duque Octavio.

OCTAVIO.

Huyendo vengo el fiero desatino
de una mujer, el no pensado agravio
de un caballero que la causa ha sido
de que así á vuestros pies haya venido.

REY.

Ya, Duque Octavio, sé vuestra inocencia.
Yo al Rey escribiré que os restituía
en vuestro estado, puesto que el ausencia
que hicisteis algún daño os atribuya.
Yo os casaré en Sevilla con licencia
y con perdón y gracia suya (1),
que puesto que Isabela un ángel sea,
mirando la que os doy, ha de ser fea.

Comendador mayor de Calatrava
es Gonzalo de Ulloa, un caballero
á quien el moro por temor alaba,
que siempre es el cobarde lisonjero.
Este tiene una hija en quien bastaba
en dote la virtud que considero
después de la beldad, que es maravilla,
y el sol della es estrella de Castilla.
Esta quiero que sea vuestra esposa.

OCTAVIO.

Cuando este viaje le emprendiera
á solo esto, mi suerte era dichosa
sabiendo yo que vuestro gusto fuera.

REY.

Hospedaréis al Duque, sin que cosa
en su regalo falte.

OCTAVIO.

Quien espera

en vos, señor, saldrá de premios lleno.
Primero Alonso sois, siendo el oncenno.

(Vase el Rey y Don Diego, y sale Ripio.)

ESCENA IV

OCTAVIO y RIPIO.

RIPIO. ¿Qué ha sucedido?

OCTAVIO. Que he dado

el trabajo recibido,
conforme me ha sucedido,
desde hoy por bien empleado.
Hablé al Rey, vióme y honróme.
César con el César fui,
pues vi, peleé y vencí;
y hace que esposa tome
de su mano, y se prefiere
á desenojar al Rey
en la fulminada ley.

RIPIO. Con razón el nombre adquiere
de generoso en Castilla.
Al fin ¿te llegó á ofrecer
mujer?

OCTAVIO. Sí, amigo, mujer

(1) *Ed. de 1649.* «y también con perdón y gracia suya.»

á Lebrija esta noche; y agradezca
sólo al merecimiento de su padre.
Pero, decid, don Diego, ¿qué diremos
á Gonzalo de Ulloa, sin que erremos?
Caséle con su hija, y no sé cómo
le puedo ahora remediar.

DON DIEGO.

Pues mira,

gran señor, qué mandas que yo haga
que esté bien al honor de esta señora,
hija de un padre tal.

REY.

Un medio tomo,

con que absolvello (1) del enojo entiendo.
Mayordomo mayor pretendo hacelle.

ESCENA II

DICHOS.—Sale un CRIADO.

CRIADO.

Un caballero llega de camino,
y dice, señor, que es el Duque Octavio.

REY.

¿El Duque Octavio?

CRIADO.

Sí, señor.

REY.

Sin duda (2)

que supo de don Juan el desatino,
y que viene, incitado á la venganza,
á pedir que le otorgue desafío.

DON DIEGO.

Gran señor, en tus heroicas manos
está mi vida, que mi vida propia
es la vida de un hijo inobediente,
que, aunque mozo, es gallardo y valeroso
y le llaman los mozos de su tiempo
el Héctor de Sevilla, porque ha hecho
tantas y tan extrañas mocedades.
La razón puede mucho; no permitas
el desafío, si es posible.

REY.

Basta.

Ya os entiendo, Tenorio; honor de padre.
Entre el Duque.

DON DIEGO.

Señor, dame esas plantas.

¿Cómo podré pagar mercedes tantas?

ESCENA III

El REY y DON DIEGO.—Sale el DUQUE OCTAVIO
de camino.

OCTAVIO.

A esos pies, gran señor, un peregrino,
miserico y desterrado, ofrece el labio,

(1) *Ed. de 1649.* «absolverlo.»

(2) *Id.* «Pues entre» en vez del *sin duda*, y suprimidos todos los versos siguientes hasta la salida del Duque Octavio.